

# POR EL HONOR DE LA MERLUZA AUSTRAL



Aún entre los animales de sangre fría, la prestigiante linfa parece tener sus privilegios. No es que debamos admitir la existencia de peces de sangre azul, aunque la silueta de algunos se haya esculpido en monedas o deba un día decorar el escudo de la aristocracia pesquera. Sin llegar a los refinamientos de los genealogistas, hasta ahora entretenidos en jerarquizar la zona más esclerosada de la fauna humana, es indudable que entre la fauna marina también existen diferencias de clase.

Así, la de los gádidos es una familia noble. Tiene dos ramas principales: la del bacalao y la de la merluza. Una y otra dominan el mercado mundial de productos ícticos, pero su respectiva ejecutoria ha evolucionado bajo signo diferente. Mientras el "gadus morrue", que hace siglos se prodigaba hasta las aguas acogedoras del Golfo de Vizcaya, se replegó hacia el casquete boreal, entregándose a la burda voracidad de esquimales y groenlandeses, el "merlucius merlucius" perfirió el contacto directo con la civilización occidental europea.

No podríamos decir algo equivalente, de la merluza austral. Es fácil encontrarla en Mar del Plata o en la Bahía de Talcahuano, pero abatida por un complejo de inferioridad, que nunca tendrá explicación para los paladares europeos. La degradación alcanzaba extrema

intensidad en la costa del Pacífico, donde el destino de tan alcornudada especie, como el reservado a inmensos cardúmenes de anchovetas, reducía su condición final al estrato industrial más bajo, que es el guano.

La merluza estaba desplazada onminosamente por la boga del congrio. De un congrio que, en la escala de las jerarquías piscatorias, se había colado por la puerta falsa, pues no corresponde al murénido sin escamas que en el Atlántico distinguimos con tal nombre.

La "capiti diminutio" de la merluza revestía en Chile proporciones insospechablemente vejatorias. Desde Arica a Puerto Montt, incluyendo el paraíso estival de Viña del Mar, el falso congrio acaparó el lugar de honor de los menús mejor timbrados, en las mesas de la "hig life" sud-americana. El propio Bernardo O'Higgins, héroe de la manumisión política chilena, hubiera tenido que transigir con la usurpación, si se hubiera sentado en esta época ante los manteles bordados de la Casa de la Moneda.

Desde hace poco tiempo, la mala estrella de la merluza, parece que va a cambiar, bajo el destello de la Cruz del Sur. A la despreciada especie, cuya vida industrial acababa en las plantas reductoras de San Antonio o de Antofagasta, convertida en abono o en piensos, le está llegando su hora, la hora de la reconquista del honor perdido. Al fin ha encontrado su O'Higgins en el Comandante Luna y su acento reivindicatorio en el galaico verbo de Picallo. Uno y otro, desde diferente órbita, vienen conduciendo y animando una vigorosa "Campaña Experimental pro-Aumento del Consumo de Merluza", que está levantando del suelo el rango de la reina de los gádidos, injustamente destronada.

Nos sentimos profundamente agradecidos, ante un comportamiento tan generoso y reparador. La merluza es algo demasiado nuestro, algo demasiado vinculado a nuestro "status" nutricional, para que pudiéramos contemplar con indiferencia la injusticia de que venía siendo víctima. Al grito de ¡viva Chile!..., viva también la merluza. Y muera, amigos, de ahora en adelante, con más honor y provecho, como a su estirpe corresponde.